

Precio de suscripción

UNA PESETA trimestre
en toda España

PAGOS ANTICIPADOS

Toda la correspondencia

AL DIRECTOR

EL ORDEN

PERIODICO DE INTERESES MORALES Y MATERIALES.

Precios de inserción

ANUNCIOS—1.ª plana 0'40
pesetas línea.
" 4.ª " precio
convencional.

PAGOS ANTICIPADOS

Redacción y Administración

Paseo de Marín Barbuero 6.

AÑO I.

CENSOR ECLESIASTICO, DR. D. FRANCISCO VIGUERAS CÓRDOBA.
Párroco Arcipreste.

NÚM. 19.

Cieza 25 de Junio de 1893.

El mas funesto síntoma.

La opinion pública se halla estos días algun tanto preocupada con el proyecto criminal, afortunadamente fracasado, de los anarquistas españoles, y con las noticias alarmantes de los desórdenes promovidos por los anarquistas suizos. Se anatematiza y se execra naturalmente esos atentados, y se pide contra sus autores, á voz en cuello, todo el rigor de la ley. Ciértamente que no hay palabras bastantes en la lengua ni horror bastante en el corazón para condenar, como se merecen, tan salvajes como infernales intentos, y las carnes se estremecen y erizase el cabello y la imaginación se abisma de espanto ante la sola idea de los acontecimientos que pudieran llegar á realizarse, en el punto y hora en que la justicia de Dios, para castigo de la pública apostasia, entregase esta sociedad prevaricadora al poder de las feroces hordas del anarquismo, como en otro tiempo abandonó el decrepito y corrompido imperio romano, al poder de los bárbaros del Norte. A la verdad, si traemos á la memoria lo que los hombres de genio ó de santidad han previsto y anunciado; las lecciones elocuentes de los hechos llevados á cabo, bajo la inspiración de los odios socialistas; y los ruidos de ira y de venganza, que lanzan contra la sociedad, la fiera revolucionaria, sedienta de sangre y de esterminio, se comprenderá que todo cuanto se diga contra ella, es poco; todas las voces de alarma, débiles; todos los avisos de apercibimiento y defensa social, insuficientes, ante el inminente é inmenso peligro que nos amenaza.

Ya el genio incomparable de nuestro inmortal Donoso, anticipándose con su mirada de águila á los acontecimientos, exclamó, desde la tribuna española, el año 48: «Pero, si por el contrario, señores, el termómetro religioso baja, no sé á donde hemos de ir á parar. Yo señores, no lo sé y tiemblo cuando lo pienso.»

Y en otra parte, hablando, como un verdadero vidente, decía: «Tal vez estamos amenazados de luchas sociales que no habrán tenido semejanza en la historia del mundo.»

Por último, desde Berlín escribía: «Dios ha hecho la carne para la pederumbre y el cuchillo para la carne pedrida. Estamos palpando con la mano la mas grande catástrofe de la historia.»

Por ahora lo que veo mas claro es la barbarie de Europa y su despoblacion dentro de muy poco tiempo. La tierra por donde ha pasado la civilización filosófica será maldita; será la tierra de la corrupcion y de la sangre.»

Por otra parte, el inmortal Pio IX el pontífice del Syllabus y de la Infalibilidad dogmática, cuya vida brillará ademas en la Historia, adornada con los eternos resplando-

res, de la santidad, decía estas proféticas palabras:

«La justicia de Dios con los malos será la justicia del fuego. Arderá Europa y así habrá el infierno en la tierra; será este el imperio del fuego.»

Estos presentimientos de la santidad y estas previsionés del genio se ven corroborados por las palabras y las obras de la Revolución.

Con efecto, el fundador del nihilismo ruso, Bakounine ha escrito en su Catecismo revolucionario esta lección criminal: «El revolucionario es un hombre sagrado. No tiene intereses personales, ni sentimientos, negocios, bienes, preferencias, ni hasta nombre. En él todo interés debe estar absorbido por un interés único y exclusivo, por un pensamiento único, por una pasión única: la revolución. No solamente por sus palabras y por sus actos, sino por el fondo de su ser, él ha roto para siempre con el orden público, con el mundo civilizado entero, con las leyes, con los usos, la moral y las costumbres generalmente admitidas en este mundo. Un revolucionario desprecia toda doctrinarismo y toda la ciencia de este mundo... No conoce mas que una ciencia, la ciencia de la destrucción. Frio para consigo mismo debe serlo para con los otros... Noche y día no debe tener mas que un pensamiento, perseguir su solo objeto, la destrucción implacable. Cumpliendo esta obra friamente y sin descanso, debe estar presto á morir ó degollar con sus propias manos á todo aquel que se oponga á su fin.»

«Nuestro fin, dice mas adelante este catequista infernal, es la destrucción terrible, completa, implacable y universal.

Nosotros debemos acostumbrarnos á la vida de las malhechores y asesinos, por que estos son los verdaderos y únicos revolucionarios.» En Alemania, un diputado socialista del parlamento, Most, no vaciló en pronunciar ante una gran asamblea de anarquistas estas palabras, síntesis de la doctrina de Bakounine: «Nosotros no queremos la paz sin el odio, hasta que estalle en llamas resplandecientes.» Si á estos y otros mil textos que pudieramos enumerar, ya de los discursos de los anarquistas, ya de los acuerdos de los congresos socialistas, ya, en fin, de los escritos de la prensa que hace la causa del Socialismo, Comunismo y Nihilismo contemporáneos, se añade el recuerdo de las explosiones de ese odio y de ese furor de destrucción social, como el asesinato del emperador de Rusia y los repetidos atentados cometidos en aquel imperio contra la familia imperial, los crímenes de Hodel y de Nihilint en Alemania, los asesinatos é incendios y destrucciones de la *Comune* de Paris, los estragos de los anarquistas en esa misma capital y en Londres, los incendios de Alcoy y de Valencia, los atentados de Jerez y los últimos escandalosos recientes hechos de Madrid y de Suiza de que nos habla la prensa y que han dado motivo á este artículo, se comprenderá facil-

mente cuán justificado es el horror que inspiran los crímenes revolucionarios y cuan inmenso el peligro con que la Revolución cosmopolita amenaza á las modernas sociedades.

Peró, todavía hay algo que á nosotros nos aterra y espanta mas que los hechos execrables del anarquismo; hay algo para nosotros todavía peor que esos hechos, y que nos yela la sangre en las venas, como señal infalible de la mas inminente ruina; y es el profundo letargo, en que vemos sumida á la sociedad junto á ese espantoso volcan, cuya lava amenaza convertirla hasta sus cimientos en pavesas; el incomprendible é incalificable marasmo en que yace adormecida por los goces y placeres de la tierra, sin abrir siquiera los ojos espantados ante los siniestros fulgores que, de cuando en cuando, resplandecen en el horizonte, como funestos presagios de la cólera divina: la carencia absoluta de escarmiento ante esas terribles lecciones de la justicia del cielo escritas con fuego y sangre en las páginas de la historia; la falta, en una palabra, de arrepentimiento y de enmienda. Por que, á la verdad, se anatematizan los hechos pero no se trata de extirpar las causas que los engendran; se deploran las consecuencias pero no se quiere reconocer, rechazar y condenar los principios de donde lógicamente se derivan; se detestan los frutos de perdición, pero no se quiere aplicar la segur á la raíz del árbol maldito que los produce y los lleva, esto es, el *Racionalismo ó Naturalismo*, que, en el orden religioso, ha hecho retroceder la sociedad á la idolatría pagana; en el orden moral, á la moral ó desmoralización pagana; y en el orden social y político, nos ha traído con las funestas *libertades modernas* la Revolución permanente y con ella la anarquía y el despotismo, ó sea, la reconstitución del estado social pagano.

Ahora bien; deplorar el mal físico y no querer condenar el mal moral deque se origina; castigar el brazo que yere ó incendia y dejar sin represión la pluma ó la palabra que inspira y hasta legitima y ensalza el asesinato y el incendio; en una palabra, condenar la anarquía, sin execrar la *rebelion del pensamiento* de donde procede en definitiva, es querer secar el arroyo y no cegar el manantial; es desear la salud y seguir bebiendo á grandes tragos el veneno que quita fatalmente la vida; es perder irremisiblemente el instinto de conservación; es, por último, el mas infalible y el mas funesto síntoma.

¡Solo Dios, que ha hecho sanables las naciones, por un milagro de su misericordiosa Providencia, puede salvar á la sociedad moderna, de la catástrofe final, que la amenaza con inminente ruina!

R. C. y M.

LA MASONERÍA

IV

Mistres Vaudreil bajó del trono y se dirigió al altar de la sabiduría, el

puñal en una mano y la hostia en la otra.

Los maestros de ceremonias hicieron que todo el mundo se apartase, escepto mis Arabelle.

La gran Maestra puso la hostia de plano sobre el pequeño altar pentagonal.

Las dos mujeres estaban ya dispuestas á consumir el sacrilegio llevándolo hasta el paroxismo. Sus ojos brillaban con fiero fulgor; mis Arabelle apretaba los dientes, rechinándolos con furor; parecia tener mucha prisa de utilizar el puñal que se le acababa de entregar y cuyo cordón desató, dándole vueltas entre sus crispadas manos, esperando con impaciencia la orden de herir aquella hostia blanca, á la que mostraba un odio salvaje.

Un silencio de muerte reinó en la asamblea. La gran Maestra levantó la voz, diciendo con acento metálico y la garganta contraída:

—Los sacerdotes dicen: este es mi cuerpo; y nosotros decimos: este es el cuerpo de un traidor.

A una señal del gran Maestre, los asistentes todos levantaron sus puñales contra el cielo, gritando: ¡Nekam, Adonai, Nekam!

Mistres Vaudreil, repuso, traspasando la hostia de una puñalada: ¡Santo, Santo, Santo Lucifer! y ahulló: «¡Malditos sean Adonai y su Cristo!»

Despues, volviéndose á la neófito, la dijo: «Ahora te toca á tí.»

Y la gran Maestra le enseñaba la hostia con imperioso ademán; pero mis Arabelle, no necesitaba que la excitasen; puñal en mano, avanza sobre la hostia con rabia, gritando á la vez como un demonio.

—¡Santo, Santo, Santo Lucifer! ¡Malditos sean Adonai y su Cristo!

La hermana recibida en la precedente iniciación y los que habían garantizado su fidelidad, la imitaron. Aquella escena era imposible relatarla. Yo sentía correr por mi faz un sudor frio; parecíame que iba á caer sobre el templo la multitud y pulverizar á todos aquellos impíos, cuyas fisonomías contraídas por el odio, parecían tener un reflejo del infierno. Mistres Vaudreil volvió á tomar la Hostia llena de agujeros de las puñaladas y la llevó delante de Bophomet, poniéndola con la otra en el cáliz. Admiré en mí mismo la infinita paciencia de Dios.»

Tal es el culto al demonio que el odio á Jesucristo ha reestablecido sobre la tierra y que la alta Francia masónica propaga diariamente. Y no solo es en los países idólatras donde se cumplen estos misterios de iniquidad, sino en medio de naciones cristianas, en plena civilización, en las capitales del progreso, en Paris, en Berlin, en Roma, en Nápoles, en Bruselas, en Nueva-York, en Montevideo, en un gran número de ciudades, en las que se adora á Lucifer.

Se verá, como todo cuanto han dicho los que han podido hablar con conocimiento de causa, es verdad.

Por extraños, por horribles que

